

XLIV.

Agosto 17 de 1868.

AMADA MARIA.

Desde la víspera del santo de Napoleón III, hubo un movimiento en la ciudad y se arreglaban á gran prisa, los aparatos de la iluminacion que corre en dos filas de bombas apagadas, desde las Tullerías hasta el Arco de Triunfo, pasando por el centro de los Campos Elíseos.

Amaneció el día 15 y todas las tropas que debían marchar en el aniversario, salían de sus cuarteles; la gente se veía venir de todas las avenidas para dirigirse al Jardín de las Tullerías y los Campos Elíseos y el bullicio y el movimiento de carruages iban en aumento.

A las diez de la mañana, por la plaza de la Concordia, se veía un grupo de ginetes que salía de las Tullerías; era Napoleón que con su Estado Mayor, se dirigía al palacio de la Industria, en el que era esperado por Eugenia y el príncipe.

Crecía la muchedumbre y, á las doce en punto, se oían los tambores, cornetas y las músicas, que del Arco de Triunfo desfilaban las tropas por la avenida céntrica de los Campos Elíseos, frente á las ventanas del Palacio de la Industria, en el que se miraba ya á los soberanos.

Marcharon 70,000 hombres de las tres armas y toda la tarde restante, siguió un gran movimiento en los pa-

seantes, que presentaban, con los diversos colores de sus vestidos, un bonito contraste con el verde de los árboles del Jardín de las Tullerías y los de los Campos Elíseos.

Frente á la gran fachada de ese edificio, está situado dicho Jardín, en el que despiden su aroma las mas exquisitas flores, que yacen en jarrones de hierro y alabastro, así como lindos buques esparcidos en la tierra: aquí y allí, alardean estatuas de bronce y algunas fuentes, y despues sigue al Oriente un bosque de altísimos árboles que sombream el prado, en el que hay diseminados asientos de hierro y pirámides de sillas que alquilan los paseantes por dos ó cuatro céntimos. Este bosque termina en un medio punto, que forma un círculo con el terrado ó extensa plataforma con su balaustrada y sus asientos, así como escalinatas de trecho en trecho, y en toda esta circunferencia por la parte de dentro, una zona de flores. En el punto céntrico de esta gran plaza circular, está colocada una

fuelle de grandes dimensiones, en donde nadan cuatro cisnes y se eleva el agua en un chorro tan alto y formando un penacho en su cima, que sobrepasa los elevados árboles del bosque, formando un precioso contraste de cristal con el verde del follage. La salida de este lugar está practicada con una puerta, sobre cuyos extremos superiores, en los lados, están colocadas dos estatuas griegas que sostienen del freno fogosos caballos alzados de manos.

Si el espectador está colocado en lo alto de la plataforma, mirando al Este, verá á su frente la gran plaza de la Concordia, con su colosal obelisco egipcio de Luxor de granito color de rosa, cubierto de inscripciones y signos egipcios; á sus lados Sur y Norte, dos ricas y monumentales fuentes de bronce con multitud de figuras mitológicas que sostienen los tazones y en toda la circunferencia, faunos, que con cuernos marinos en la boca, arrojan agua. En toda la línea exterior de la plaza, están colocadas sobre magníficos pedestales,

colosales estatuas de mujeres de carácter clásico, que representan los departamentos de Francia, como Marsella, Burdeos, la Lorena etc. Siguen adelante; siempre al Este, los Campos Eliseos con su ancha avenida céntrica, que comienza desde la puerta principal de las Tullerías, pasa por el Arco de la Estrella y se enlaza al camino que dirige al Bosque de Boloña.

Si el espectador se sitúa despues en el centro de la plaza de la Concordia, verá à su derecha Sur, la magnífica fachada de la Magdalena y à la izquierda la del Cuerpo legislativo, el Sena, y mas allà, la dorada cúpula de los Invalidos que con los rayos del sol tiene un efecto fantástico, como de otro astro resplandeciente en el firmamento.

En la noche del día 15 hubo unos fuegos artificiales muy vistosos y especialmente esa ràfaga de luces de colores, que al fin se desprendió del Arco de Triunfo; sin embargo de la belleza de estos fuegos, la pirotécnica de Francia, no creo que esté à la altura de la

de México, en donde las combinaciones y juegos de luces de colores son de mas arteficio, así como de tiempos mas numerosos y variados.

Ayer me he paseado bastante, llevando conmigo un intérprete del mismo hotel de la Terraze que es muy inteligente; por supuesto que no hay que mencionar, que esta clase de individuos gozan con uno de los mismos espectáculos y saborean las mismas comidas, pidiendo ellos, casi siempre, como que son los que hablan, los mejores platos, los vinos mas exquisitos, fiados en que hay editor responsable y el que desembolsa cuanto se tiene que gastar en carruages, teatro, fonda y otras diversiones y paseos: estos cumplen perfectamente el axioma de "meter el buen dia en casa."

Me reia interiormente cuando mi cicerone, con mucho garbo pedia en la mesa:

—¡Garzone! aporitez moi un bouteille Chateau Margo.

Despues:

—Un poulet avec petite poi; un roastbeef, paté aux la :Bordellese.

En los postres

—Aportez moi in Lacrima Crist é caffè avec Jamaica.

Y así otras cosas que se conocia tornaba solamente cuando acompañaba viajeros que llevaban los bolsillos repletos, especialmente si eran americanos porque creen generalmente en Europa, que éstos son todos millonarios.

Después del almuerzo de ayer, mi intérprete y yo nos encaminamos á los Campos Elíseos y entramos á la rotonda, edificio circular y extenso que remata en una bóveda cóncava: en el centro hay una especie de esplanada ó plataforma á la que se sube por una escalera de caracol; cuando el espectador ha llegado, de repente se le presenta á la vista el espectáculo mas sorprendente. Como por encanto se haya en los campos de Magenta presenciando una batalla entre las tropas francesas y las austriacas; fuertes latidos del corazón conmueven al individuo porque espera

oir de un momento á otro la detonación de la artillería, el galope de un grupo de caballería que se acerca al primer plano del campo, en el que se mira á Napoleon III en un caballo alazan, dando las órdenes para comenzar la batalla, aunque ya en la otra extremidad se mira el humo de las columnas de ataque y las espesas de los cañones.

Por otra parte viene un peloton de soldados con los fusiles preparados en actitud de acercarse al enemigo y el jefe que con la espada en la mano anima á sus subordinados y se adelanta para dar el ejemplo; hácia la derecha unos artilleros agujonean á los caballos que vienen tirando una pieza de grueso calibre y se dirigen al centro de la acción; el polvo oculta parte del grupo, los hombres están cubiertos de sudor y los frenos de los corceles, blancos de espuma..... Por momentos, las humaredas que se miran en lontananza, se extienden ya hasta los primeros términos del campo y no dilata la acción en hacerse general.

Yo estaba asombrado de todo esto, cuando acerté á volver la cabeza para ver á mi cicerone, que se sonreía al notar mi sorpresa y me preguntó:

—¿Qué es lo que le pasa á vd?

Hombre..... nada; sino que..... Diab!o! ¿Pues no me pareció que de veras estaba yo en el campo de batalla y que iba á comenzar la accion?

—Qué verdad, no? añadió mi compañero.

—¡Extraordinaria! contesté, sin deschar aun mi admiracion, y vea vd. que soy artista y no me sorprende tan fácilmente ante el efecto remarcable de un gran cuadro, y la escena que tenemos delante, me ha sorprendido. Ya se vé, los efectos de la óptica, la disposicion de la rotonda, la luz colocada de cierto modo y..... ello es que se palpa, se mira la naturaleza.

Despues de admirar por un largo espacio de tiempo aquella batalla tan bien ejecutada, nos bajamos, tomando el camino del Luxembourg.

El palacio de este nombre, es la an-

tigua residencia de María de Médicis, por consiguiente, es suntuoso y sus salones y cámaras muy espaciosas, con un elegante jardín surtido de fuentes, estanques, donde se miran peces de colores, estatuas y asientos.

Esté jardín, circunda por tres lados el edificio, por sus costados y su espalda y puede tener mas de un cuarto de legua de circunferencia.

En una de las alas del edificio, están las galerías de pintura, que guardan las mas remarcables obras de los artistas contemporáneos, así como el Louvre las de los antiguos, nacionales y extranjeros. En todos los salones fuí reconociendo los originales de muchos grabados y fotografías que habia admirado en México. Ví, por ejemplo, los "Hijos de Eduardo" de Paul de la Roche, "La Rebeca" de Horacio Vernet y otros grandes cuadros de éstos y otros autores, á quienes habia profesado cierto culto y veneracion, cuando solo conocia sus copias en el grabado; mas cuando ví los originales, cuando analicé sus

cualidades artísticas, confieso ingenuamente que rebajó en mucha parte la estima en que los tenía.

Como estoy persuadido que la naturaleza es perceptible, no solamente por la forma, sino por el color, y que faltando una de estas dos circunstancias, sería incompleta, á los cuadros de los autores de que vengo hablando, les noté la falta de la segunda, y mas bien me parecieron pinturas lavadas ó que las habian metido en un estanque y habian dejado el color en él.

Es inútil manifestarte, María, que quedé triste, desencantado, por la cruel decepcion de que habia sido víctima, al presenciar los cuadros de los autores que habian sido siempre mi adoracion.

Casi sentia haber recibido este desengaño y hubiera deseado haber conservado mis ilusiones à trueque de privarme de conocer á esos autores en sus obras.

No se crea que dejo de pagar mi tributo de admiracion á los distinguidos artistas franceses, cuyas producciones

cuelgan en los muros del Louxembourg y Versailles; confieso al contrario, que me encanta su audacia para desarrollar pensamientos atrevidos y grandiosos, su gran correccion en el dibujo, las expresiones de sus figuras y, sobre todo, su *schic* y gran conocimiento que tienen de la Estética.

Los partidarios de la línea triunfalmente exclamarán, que estas brillantes cualidades que reconozco en los artistas franceses, son su mayor elogio y no se les debe pedir mas, supuesto que el grabado, la fotografia y la escultura que no tienen color, imitan perfectamente la naturaleza. A esto contestaría yo: que esos tres ramos están circunscritos á sus límites; pero que, en tratándose de la pintura que es mas libre y mas extensa, si carece del color que los objetos visibles rechazan á nuestra retina, no es completa porque falta una de las cualidades esenciales de la naturaleza y lo es aun mas por el color; pues por solo la forma, lo sería única-

mente como los otros ramos que he mencionado.

Sin querer me he engolfado, hablándote de la parte filosófica del arte; pero como tú lo cultivas tambien, te aprovechará que en el curso de mi viage; hable una que otra vez de él, supuesto que se me presentarán mil ocasiones en que admirar las obras maestras que cuelgan en los muros de los museos.

En la siguiente, hablaré algo mas del Louxembourg y de la Escuela de Artes.

Consérvate bien.

Adios.

XLV.

Paris, Agosto 18 de 1868.

QUERIDA MARIA.

En mi anterior hablábamos sobre la carencia de color en las obras de los pintores franceses: ellos mismos admiran á Lacroix, cuyos cuadros se ven igualmente en el Museo del Louxembourg, siendo el mas notable, el que representa al Dante y Virgilio, pasan-

do el Aqueronte. «Este pintor, dicen, es el mas colorista.»

Como la naturaleza ha negado á los franceses la facultad de sentir el color, no nos extrañará, que crean á pié juntillas, que Lacroix sea un excelente colorista, si lo comparan á los otros que desconocen esta cualidad. Francamente, lo que yo ví en las obras de ese autor, fué alguna tendencia en imitar á Rubens, pero en general, era afecto á los colorines que imprimian á sus figuras el aspecto de las muñecas de porcelana.

En los pintores antiguos franceses que se miran en el Louvre, hay la misma falta de color y su entonacion es negrusca. Solamente puede ser favorable esta nulidad, en el «Cain y Abel» de Prudent y en su «Crucifijo con la Magdalena,» así como en el «Naufragio de Medusa de Gericault, por que la escena demanda una entonacion sombría, terrible.

Vése igualmente al Poussino, el Rafael francas: bellisimas composiciones,

bien pensadas, y de un dibujo irreprochable, pero de color, cero. Véase tambien á David, celebrado por su forma; no manifiesta otra cosa en sus cuadros, que estatuas coloridas, pero de un colorido como el que se dá á los santos de madera. Ni los antiguos pintores franceses ni los modernos, han sentido el color.

De entre éstos últimos, debemos deplorar la falta de esa precisa cualidad, en un cuadro, cuya composicion es sorprendente y simpática, por su asunto: hablamos del «Hemiciclo» de Paul de la Roche, existente en la Escuela de Artes ejecutado al fresco.... No es una fatalidad, que esos admirables grupos de artistas de todas las épocas y de todos los países, tan bien movidos y dibujados, estén como ejecutados con humo de ocote?

En los pintores de la época actual hay algunos pintores que se han emancipado algun tanto del fereo-yugo de esa tendencia y, entre éstos, podemos mencionar á Gerome, Messonier y al-



gun otro, quizá porque han estudiado á Velazquez y á otros pintores españoles.

Hoy estuve en Versalles y entrando á los salones del Museo de pinturas, admiré á Vernet, Iron y á otros pintores franceses en sus grandes cuadros que representan las batallas de Napoleon el grande y Napoleon III. Los caballos de Horacio Vernet, tienen toda la verdad del natural, sus movimientos, lijereza de forma y verdadero carácter; los grupos de sus figuras y las grandes masas de sus ejércitos, son bellamente ejecutadas; Iron, ademas de desempeñar bien las espresadas cualidades, hay en las cabezas de sus soldados la espresion propia de la pasion que los domina en el momento del combate; pero tanto en estos dos artistas como en los otros que enriquecen el Museo, falta algo que satisfaga plenamente al espectador y es, el verdadero colorido.

Repito lo que digo arriba, que he sufrido una desilusion completa al notar

la falta de esa preciosa cualidad en los artistas de Francia.

Despues de haber visto las obras de los artistas contemporáneos en Louxemburgo, Versalles, volví esta tarde al Louvre, y no puedo expresar la impresion de bienestar que experimenté á la vista del arte antiguo; allí, en presencia de los cuadros de los pintores de otros países, hallé lo que me hacia falta y por lo que sentia un vacío desconclador. Me sentia regenerado y satisfecho; me habia parecido que la naturaleza era imposible de reproducirse con esa vibracion de color y esa sangre que circula á través de la epidérmis, pues los grandes pintores contemporáneos que acababa de ver, me lo manifestaban en sus obras; pero al contemplar en el Louvre á Ticiano, Verenes, Murillo, Tinterretto y á los pintores españoles y flamencos, ví con delicia, que la naturaleza era dócil para dejarse trasladar á un cuadro con todas sus galas de forma y de color.

Para que no te canses con el te na

de esta carta, en la que me he contraído á hablar únicamente de pintura, dejaré pendiente esto para otra vez y, para terminar, te añadiré dos palabras sobre el palacio de Versalles.

Este es espléndido en sus dimensiones y su forma; es una obra digna del siglo de oro de la Francia y corresponde perfectamente á la grandeza del soberano que lo habitó.

Grandes salones, magníficos retretes, especialmente el que habitaba María de Médicis, en el que se miran aún los muebles de que hacia uso y los santos que lo decoraban; la gran sala de los Espejos, la del trono y otra multitud de salones decorados con igual magnificencia.

Lo que llama fuertemente la atención del viajero, es el espacioso jardín que hay á la espalda del palacio, por lo bien dispuesto, surtido de estatuas de bronce y mármol, bustos de grandes hombres y puentes, y lagos artificiales, en cuyo centro se elevan grupos de faunos y sátiros, sirenas, caballos mari-

nos y plantas acuáticas; todo esto produciendo combinaciones hidráulicas de muy bello efecto.

Están destinados dos días á la semana, en los que dán suelta á estos juegos de agua, y entonces la concurrencia á Versalles es más numerosa para gozar de ellos y de la música militar, que se sitúa en uno de los parterres del jardín.

Para ir á Versalles, se toma el ómnibus en la plaza de la Bolsa y este lo lleva a uno á la Estacion de Montparnasso ó á la de San Lázaro.

Adios, María, voy á descansar de lo mucho que he andado hoy.